

## “Sesiones cortas”<sup>1</sup>

Raúl Courel

Este trabajo responde al propósito de renovar la apertura y actualizar los estudios sobre los temas de técnica en psicoanálisis.

La expresión “sesiones cortas” designa una innovación introducida por Lacan en su práctica, tal vez la más destacada de las suyas en lo que respecta a la técnica analítica. Ella estuvo en el centro de las controversias que entre 1952 y 1953 dieron lugar a la escisión de la Sociedad Psicoanalítica de París y a la creación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Si bien hoy, más de 60 años después, es una práctica sobre la cual las posiciones no son uniformes, es extendida la idea de que las últimas enseñanzas de Lacan reafirmaron su pertinencia.

“Corta” es un adjetivo que significa una duración que ha de ser breve, diferente u opuesta a una larga. No obstante, las razones que daba Lacan de esta novedad técnica no atendían a si la sesión es corta o larga en sentido cronométrico. En su escrito “Función y campo del habla y del lenguaje...” señalaba que “el inconsciente pide tiempo para revelarse”, para observar que la medida de este tiempo no puede provenir de la precisión con que se construye la ciencia actual, puesto que, decía, “el malestar del hombre moderno no indica precisamente que esa precisión sea para él un factor de liberación” (Lacan, 1953, p.300). En ese mismo texto, resumía así los fundamentos de la nueva técnica:

“..., es una puntuación afortunada la que da su sentido al discurso del sujeto. Por eso la suspensión de la sesión de la que la técnica actual hace un alto puramente cronométrico, y como tal indiferente a la trama del discurso, desempeña en él un papel de escansión que tiene todo el valor de una intervención para precipitar los momentos concluyentes. Y esto indica liberar a ese término de su marco rutinario para someterlo a todas las finalidades útiles de la técnica” (Lacan, 1953, p.245).

---

<sup>1</sup> Acceso en: <http://publicacionesderaulcourel.blogspot.com.ar/>

Se hace notar allí que la finalización de la sesión es, de hecho, una puntuación, una escansión, en el discurso del hablante y, puesto que al mismo tiempo es una intervención, se propone su utilización decidida a los fines de la cura. El propósito expreso es, justamente, que la trama discursiva no sea indiferente, es decir: que el vínculo no sea indiferente, puesto que la trama discursiva es la trama del vínculo. Pero decir que “el corte de sesión es escansión en el discurso” no es idéntico a decir que “el corte de sesión es corte de discurso”, no son expresiones sinónimas y conviene no soslayar la diferencia.

No sólo el “corte de sesión” no es “corte de discurso”, importa que sea todo lo contrario. En efecto, la escansión que significa la terminación de una sesión ha de servir para afirmar el discurso o vínculo analítico, puesto que el discurso analítico es el vínculo analítico propiamente dicho. El hecho de que no puede haber escansión en el discurso fuera de discurso implica que la interpretación analítica sólo puede operar en el seno de un vínculo social, concepto congruente con que no hay psicoanálisis sino en transferencia. En consecuencia, la interrupción de una entrevista o sesión analítica sin lazo social establecido constituye un pasaje al acto fuera de discurso que bien podemos denominar rechazo al Otro.

Que el discurso analítico sea un lazo social específico conlleva que no es reducible a una tecnología de palabras o de significantes. Las palabras, aun siendo las mismas, por el hecho de que el discurso no se detiene, nunca tienen la misma función. Propositiones como “no hay universo del discurso” o “no hay metalenguaje” subrayan justamente que no hay una última palabra que cierre el movimiento discursivo. De este modo, la técnica de sesiones cortas, como cualquier otra, adquiere su pertinencia en el contexto y en el momento en el que es ejercitada. Por esta razón, su utilización hoy no puede conducir a los mismos resultados que en 1953 o 1980, ni operar del mismo modo en las manos de cualquier analista. Recordemos que Lacan, igual que Freud, siempre sostuvo que en las cuestiones de técnica el analista dispone de la mayor libertad, no así en las tácticas y menos aún en la estrategia (Lacan, 1958, p.563).

Volvamos al fragmento antes citado. Lacan propone “liberar a ese término (el de la sesión) de su marco rutinario para someterlo a todas las finalidades útiles de la técnica” (ídem). Usa allí la expresión “lo que se ha llamado nuestras sesiones cortas” (p.303), sin afirmar ni negar que esa denominación sea adecuada, pero nada hay en sus dichos ni

escritos que se pueda entender como una recomendación a que se generalice un acortamiento de la duración de las sesiones.

Cabe esta pregunta: ¿por qué la novedad se extendió con el nombre de “sesiones cortas” y no de “sesiones de tiempo variable” o de alguna otra que hubiera sido más adecuada a las razones que la fundaban? ¿Qué mueve a pensar que es conveniente ajustar la duración de las sesiones a la marcha del discurso inclinando la balanza hacia su acortamiento? ¿Por qué habría de ser deseable que sean más cortas?, ¿por qué no más largas?

Estas reflexiones conciernen a nuestro interés por la incidencia de la psicosis social sobre nuestra práctica<sup>2</sup>. ¿De qué manera la subjetividad científica, cuya faz delirante hoy ceñimos con bastante claridad, podría incidir en derivas de la técnica como la que señalamos? La pregunta es pertinente porque, siendo la subjetividad del hombre que hace ciencia la misma que la de la sociedad que la sostiene, no deja la nuestra al margen (cf. Lacan, 1957, p.550).

Resumiré una idea que se ha extendido entre los psicoanalistas acerca de la duración de las sesiones. Entre las razones que se ofrecen para acortarla está el expreso propósito de poner límites al llamado “goce del bla-bla” que, así se entiende, explica finalmente el hablar vacuo, el palabrerío inútil u ocioso. Ilustra el peso de esta idea, por ejemplo, el solo título de un trabajo de Colette Soler del año 2003, “Une pratique sans bavardage”, en castellano: “una práctica sin parloteo” (cf. Soler, 2009, p.86). Se focalizan allí cuestiones que son también tratadas en numerosas lecturas actuales de las últimas enseñanzas de Lacan, de las que resultaría una especie de nueva subversión del psicoanálisis. El foco de estas elaboraciones es el concepto de inconsciente real, como muestra el título mismo del libro de Soler que referimos, *Lacan, l'inconscient réinventé*, esto es: “Lacan, el inconsciente reinventado”<sup>3</sup>.

Es cierto que el inconsciente necesita ser reinventado cada vez y su concepto reescrito para que la experiencia de la cura pueda repetirse, pero los cambios que se suceden en la teoría a lo largo del tiempo están sujetos a coerciones lógicas, sincrónicas, de estructura ternaria. Hasta el final de su vida Lacan consideró los tres registros o categorías –

---

<sup>2</sup> Tema atendido en la “8º Jornada sobre Psicoanálisis y Psicosis Social”, realizada en la Facultad de Psicología de la UBA, 15 de marzo de 2014.

<sup>3</sup> Las traducciones de este texto son nuestras.

imaginario, simbólico y real– claves del orden sincrónico de la teoría analítica desde su invención por Freud. Este criterio, que tuvo su escritura más acabada con la utilización del nudo borromeo, articula los tres términos sin conceder preeminencia a ninguno y exige que cada nuevo giro conceptual, que cada nuevo paso de escritura, requiera al menos de otros dos<sup>4</sup>. Teniéndolo en cuenta volvamos al tratamiento que suele darse al tema de las llamadas sesiones cortas<sup>5</sup>.

Dice Soler:

“... la sesión corta lacaniana hace funcionar el corte como una interpretación de lo que habita en la verdad que el sujeto articula. Pero entonces, esta interpretación, ¿por qué no darla en palabras? Eso no está prohibido, salvo que se corre el riesgo, precisamente, de que la otra satisfacción reduzca los efectos de la interpretación hacia las satisfacciones del bla-bla”<sup>6</sup>. (op.cit., p.87)

El párrafo señala que la finalidad a la que apunta el corte es a no dar lugar a que las “satisfacciones del bla-bla” reduzcan los efectos de la interpretación. Esta satisfacción o goce del bla-bla, en tanto se opone a la cura, es pensada en la línea de la llamada por Lacan “otra satisfacción”, que se diferencia de la fálica. Esta otra satisfacción se distingue de la regulada por el funcionamiento del significante que opera en el hablar en el campo del Otro, como es propio del funcionamiento discursivo, es decir: en el seno de un lazo social (cf. Lacan, 1972-1973, passim).

La *doxa* psicoanalítica actual destaca el cierre del inconsciente en un goce del bla-bla que no es útil para la cura y cuyo abandono cabría procurar. La cuestión, que muestra notables parecidos con las discusiones sobre la técnica activa de Ferenczi en tiempos de Freud (cf. Ferenczi, 1919 y 1925, y Freud, 1918, 1923 y 1933), requiere un balance en el tratamiento del tema que la formulación borromea de la relación entre lo real, lo simbólico y lo imaginario permite efectuar. La mira puesta sobre lo real de manera privilegiada inclina a pensar el corte de la sesión como una interpretación silenciosa que, apuntando hacia un significante de la falta en el Otro, tocaría lo real de un imposible de escribir. Esta imposibilidad, abordada de este modo, haría lugar para que se relance el trabajo (cf. Soler,

---

<sup>4</sup> Nota agregada (2915/5/10): sobre este tema ver el breve texto *Periodización y “clínica de lo real”*, url: [www.raulcourel.com.ar/tex-049-periodizacion-y-clinica-de-lo-real](http://www.raulcourel.com.ar/tex-049-periodizacion-y-clinica-de-lo-real) .

<sup>5</sup> En rigor, en vez de “sesiones cortas” debería decirse “sesiones acortadas”.

<sup>6</sup> “...la séance courte lacanienne fait fonctionner la coupure comme une interprétation de ce qui habite la vérité que le sujet articule. Mais cette interprétation, pourquoi ne pas la donner en parole, a lors? Ce n’est pas interdit, sauf que l’autre satisfaction, précisément, risque toujours de rabattre les effets de l’interprétation vers les satisfactions du bla-bla”. (Soler, 2009, p.87)

2009, p.87). Es claro en esta perspectiva el reconocimiento de que es preciso, para que la cura progrese, que la asociación libre funcione. Dice Soler al respecto: “La sesión corta, es el punto capital, de ninguna manera impide, como algunos dicen, la declinación fragmento a fragmento de los elementos del inconsciente. Fragmento a fragmento: es el efecto de las escansiones”<sup>7</sup> (pp.86-87). Consideremos el tratamiento de esta idea.

El análisis, que se hace en transferencia, implica la historización del sujeto. Ésta, reconoce Soler, “se hace en los tiempos llamados de abertura del inconsciente en los que la verdad se despliega”<sup>8</sup> (p.88). Es el análisis del que llama “inconsciente-verdad”, diferenciado del “inconsciente-real”, que es, así lo dice, un “inconsciente cerrado, cerrado sobre sus unos de goce, autista y neológico”<sup>9</sup> (p.88). Explica allí mismo que “entre el inconsciente-verdad y el inconsciente-real no hay elección. No hay análisis sin historización del sujeto. En la diacronía, lo Real es el término del proceso,...”<sup>10</sup> (p.99). De este concepto se desprende palmariamente que el “real” del que se trata no podría presentarse sino donde lo encuentra el funcionamiento de la regla que desde la invención del psicoanálisis no dejó de ser la fundamental. Pero esta regla, subrayémoslo, nació opuesta a la depreciación del bla-bla. En el mismo escrito en el que Lacan da la razón de separar la duración de la sesión de un marco fijo, cuestiona de este modo los rechazos a los “verbalismos”: “las precauciones contra el verbalismo que son un tema del discurso del hombre ‘normal’ de nuestra cultura no hacen sino reforzar su espesor” (Lacan, 1953, p.272). Se refiere al espesor del muro que constituye el lenguaje y cuyo atravesamiento la cura, como cualquier otro hacer del hombre, no puede soslayar.

Se desprende de lo dicho que la suspensión de sesión debe servir para hacer hablar, no para hacer callar. También que la finalización, escansión discursiva, no podría ser corte de vínculo ni rechazo a la transferencia, requiriendo ésta que el analista no rechace ocupar para el analizante el lugar de un significante cualquiera.

---

<sup>7</sup> “La séance courte, et c’est le point capital, n’empêche nullement, comme certains le disent, la déclinaison bribe par bribe des éléments de l’inconscient. Bribe par bribe: c’est l’effet des scansiones”. (Soler, 2009, pp.86-87)

<sup>8</sup> “L’historisation se fait par les temps dits d’ouverture de l’inconscient dans lesquels la vérité se déploie”.(p.88)

<sup>9</sup> “l’inconscient réel est un inconscient fermé, fermé sur ses uns de jouissance, autiste et néologique”.(p88)

<sup>10</sup> “... entre l’inconscient-vérité et l’inconscient réel, il n’y a pas à choisir. Pas d’analyse sans historisation du sujet. Dans la diachronie, le Réel est au terme du processus...”. (p.88)

Agrego algunas reflexiones. Una es que respecto al referido “goce del bla-bla” es necesario evitar el uso de esta expresión en directa correspondencia con el concepto de habla vacía (*parole vide*). La clínica muestra diferentes tipos de satisfacciones en el hablar. Es preciso distinguir, por ejemplo, la charlatanería vacua de la verborragia ansiosa. La verborragia puede no ser charlatanería ni catarata de palabras intrascendentes. Por lo tanto, hablar mucho no es necesariamente lo mismo que decir futilidades. Bajo el nombre de “verbalismo” cae tanto el hablar en el cual el motor es la sola satisfacción de hablar como el hablar que va en una dirección diferente a la que el oyente supone que sería la conveniente.

También interesa examinar las fuentes que puede tener la extendida pregnancia de la idea de que hay un excesivo palabrerío ocioso que no conviene a la cura. ¿Por qué no suponer que la idea de acortar las sesiones puede funcionar como una suerte de navaja de Occam alimentando el ideal de reducir el pensamiento al menor número posible de elementos? O bien: ¿por qué no pensar que en las raíces de la situación actual del psicoanálisis opera una especie de desconocimiento de la función discursiva de la técnica, producto de que ésta es pensada, sin advertirlo, como una aplicación tecnológica? Si éste es el caso, se hace insoslayable tener en cuenta que en nuestro tiempo la tecnología encuadra de pleno su eficacia en los cánones del empirismo lógico.

Bien podríamos estar ante una adopción de principios del positivismo lógico en los fundamentos mismos del psicoanálisis que se habría extendido por todas partes: una especie de afiliación no reconocida de los analistas al círculo de Viena. Cabe pensarlo, porque, al fin de cuentas, la objeción más radical que hace el positivismo lógico al psicoanálisis es que busca la verdad en palabras cuyo conjunto carece de consistencia, dicho directamente: la busca en la charlatanería, en un sentido que, curiosamente, parece coincidir con el concepto que se encuentra extendidamente entre muchos analistas acerca de lo que en francés Lacan denominaba “parole vide”.

Uno de los apoyos para considerar esta hipótesis está contenida en la idea con que Wittgenstein empieza y concluye su *Tractatus Logico-Philosophicus*, de la que se deriva, aunque su autor no lo proponga, que lo que no se puede decir con claridad –claridad lógica, se entiende– habría que callar. Por eso cabe la pregunta de si la técnica de las sesiones cortas está hoy suficientemente diferenciada de una operación de cuño implícitamente

lógico positivista que procuraría silenciar lo que frecuentemente es leído como palabras vacías no útiles a lo que pudiera considerarse progreso de la cura.

Otro aspecto a considerar es que la definición del psicoanálisis como un discurso y no como una ciencia obliga a diferenciar la experiencia del análisis de una experiencia de laboratorio. El método analítico no es experimental, sin embargo, las teorizaciones psicoanalíticas están todavía plagadas de términos, conceptos e ideas de raigambre experimental. ¿En qué medida la sesión analítica es “encuadrada” de modos que, aun siendo *ad hoc*, responden a criterios de asepsia comparables a los que se sigue en una situación experimental de laboratorio? No deberíamos estar seguros de que entendiendo conceptualmente las diferencias entre psicoanálisis y ciencia experimental estamos preservados de la confusión. Saber algo en la teoría no impide desconocerlo en la práctica.

Ya no creemos en la neutralidad del analista ni en que el silencio pueda ser aséptico. Sabemos que el psicoanálisis objeta la proposición que dice que “en boca cerrada no entran moscas”. La concepción del síntoma que hoy tenemos enseña que la boca cerrada está llena de ellas. No obstante, la utilización del silencio está bastante extendida en la práctica de los análisis y de una manera que resulta “práctica”, valga la redundancia, por razones que convendría revisar.

Termino con una reflexión sobre el criterio con que cabría encarar las exploraciones que sugiero.

La subjetividad científica puede colarse tácitamente en la práctica analítica no sólo en la forma de categorías, conceptos y criterios de cuño positivista sino también en los modos y estilos de su ejercicio. Aquí el psicoanálisis hace una lectura específica al ceñir el compromiso del sujeto del inconsciente. La cuestión no concierne sólo a las buenas o malas razones sobre las que se apoya la técnica de sesiones cortas o de alguna otra, sino a si el analista hace de ellas un dogma. Estamos aquí en el nudo de la cuestión técnica en el psicoanálisis, donde el papel de la subjetividad científica no se esclarece en una lectura epistemológica sino en una psicoanalítica que dilucide su carácter delirante.

El riesgo de la locura es el de quedar adherido a una sola idea, que para un analista, como para cualquiera, puede ser un concepto, un argumento o una técnica. Algo de esto no puede faltar en las adhesiones dogmáticas en general. Me apoyaré en una cita de Freud que

muestra de la manera más clara el núcleo de la cosa. En 1885, en el manuscrito H sobre la paranoia, decía así:

“En todos los casos de paranoia la idea delirante es sustentada con la misma energía con que el yo se defiende de alguna otra idea penosa insoportable. Así, pues, aman al delirio como a sí mismos. He ahí el secreto” (Freud, 1885, I, pp.250-251).

Hay amor a las técnicas, el hombre contemporáneo, que no vive ya sin ellas, las ama. Avanzar en la tecnificación del psicoanálisis es requerido por este amor, que se asocia a la utilidad que eso tiene para una mayor expansión del psicoanálisis en el llamado mercado de la salud mental (o de la enfermedad mental, según de qué lado se mire).

Una tecnificación delirante del psicoanálisis puede llegar así a sostener, operando como *sinthome*, el lazo social en el que se acomoda, en primer lugar, el analista.

Buenos Aires, 15 de marzo de 2014.

#### Referencias bibliográficas:

1. Ferenczi, S (1919). “Sobre la técnica del psicoanálisis”, en *Teoría y técnica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Paidós, 1967.
2. Ferenczi, S. (1925). “Contraindicaciones a la técnica psicoanalítica activa”, en *Teoría y técnica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Paidós, 1967.
3. Ferenczi, S. (1925). “Sobre las fantasías forzadas”, en *Teoría y técnica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Paidós, 1967.
4. Freud, S. (1885). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. *Obras Completas*. Vol. 1. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1986.
5. Freud, S. (1918). “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica”, En *Obras Completas*, Vol.17. Buenos Aires: Ed. Amorrortu, 1997.
6. Freud, S. (1923). “Observaciones sobre la teoría y la práctica de interpretación de los sueños”. *Obras Completas*, Vol. 19. Buenos Aires: Ed. Amorrortu, 1992.
7. Freud, S. (1933). “Escritos Breves”. En *Obras Completas*, Vol. 22. Buenos Aires: Ed. Amorrortu, 1992, p.228.
8. Lacan, J. (1953). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En Lacan, J. (1966). *Escritos*. Vol. I. Trad. Tomás Segovia. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2008.



9. Lacan, J. (1957). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En Lacan, J. (1966). *Escritos*. Vol. II. Trad. Tomás Segovia. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2008.
10. Lacan, J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder. En Lacan, J. (1966). *Escritos*. Vol. II. Trad. Tomás Segovia. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2008.
11. Lacan, J. (1972-1973a). *El Seminario. Libro XX. Aún*. Buenos Aires: Ed. Paidós, 1981.
12. Soler, C. (2009). *Lacan, l'inconscient réinventé*. Paris: PUF, 2009.
13. Wittgenstein, L. (1921). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Madrid: Alianza Editorial, 1992.

- - - - -